

CÁDIZ, 1702: EL ASALTO ALIADO DURANTE LA GUERRA DE SUCESIÓN

Germán SEGURA GARCÍA¹

Introducción: una historia contada por dos militares

LA Guerra de Sucesión es indudablemente uno de los episodios más apasionantes de la historia de España. Un cambio de dinastía, un conflicto internacional y, por último, una guerra civil acabaron por modelar una España que tuvo poco que ver, al menos institucionalmente, con la monarquía compuesta de los Austrias. Dejando de lado las consecuencias políticas del enfrentamiento entre Borbones y Habsburgos, hemos querido estudiar una de las acciones bélicas de la contienda que tiene especial interés para nosotros por haber sido la primera en desarrollarse sobre territorio peninsular. Nos referimos al ataque de la escuadra anglo-holandesa a la bahía de Cádiz en 1702. Esta acción en tierras andaluzas ha pasado bastante desapercibida ante la mayor aparatosidad del asalto a la flota de indias refugiada en Vigo. Porque la escuadra aliada, tras fracasar estrepitosamente en Cádiz, tuvo la dicha de culminar felizmente su expedición al hacerse con parte del preciado cargamento americano. El éxito aliado en la llamada batalla de Rande pasó, pues, a eclipsar el malogrado intento de apoderarse de Cádiz, a pesar de que las consecuencias de éste último fueron más importantes si pensamos que el conflicto dinástico estaba a punto de convertirse también en una guerra civil. Sobre la batalla de Rande se han escrito gran número de trabajos, en especial a raíz del trescientos aniversario-

¹ Teniente de Artillería, licenciado en Geografía e Historia.

rio del acontecimiento celebrado en el año 2002. Incluso existe una página web específica de la batalla que nos proporciona una valiosa información sobre diferentes aspectos del combate.² Mucho menos se ha escrito sobre el incidente de Cádiz. Exceptuando el trabajo de Francisco Ponce mencionado en la bibliografía, no hemos tenido la oportunidad de ver ninguna monografía consagrada a estudiar este suceso y sus consecuencias.

Por ello, en este artículo tratamos de recuperar la memoria histórica del episodio gaditano gracias, principalmente, a la pluma de dos militares españoles que fueron testigos directos de algunos episodios de la Guerra de Sucesión y que trataron de explicar un conflicto que marcó sus vidas y la de todos los españoles.

El primero de ellos es don Vicente Bacallar y Sanna (1669-1726), sardo de nacimiento y con el título de marqués de San Felipe otorgado en 1709 por el monarca como premio a su fidelidad a la causa borbónica. Nominado vicario general del virrey de Cerdeña dirigió la defensa de la isla y, tras la toma de ésta por los aliados, participó en diferentes embajadas diplomáticas en nombre del rey Felipe. Dedicado también a las letras, tuvo la gloria de ser uno de los primitivos miembros de la Real Academia Española. Entre sus obras destacan los *Comentarios de la Guerra de España* (1725), crónica del reinado del primer Borbón español que le fue encomendada por el mismo Felipe V. Desagradado éste por la objetividad del sardo y por la lectura imparcial de distintos sucesos de la crisis dinástica que hubiera preferido pasar por alto el monarca, el libro tuvo que ser retirado nada más salir a la venta. Este quizás fue el mejor premio para el historiador, aunque no pudo ver valorada en vida su obra ni como fue reimpressa en otros países a lo largo de los tres últimos siglos.

El segundo militar es don Francisco de Castellví Obando (1682-1757). Nacido en Montblanch (Tarragona), era hijo de una familia de la pequeña nobleza catalana. Participó en la guerra del lado austracista y en la lucha final por Barcelona ostentó el empleo de capitán de una de las compañías del Regimiento de la Ciudad (*la Coronela*). Al finalizar la guerra sufre las represalias del nuevo gobierno borbónico, permaneciendo en Cataluña bajo vigilancia. Exiliado en Viena (1726), inicia la redacción de su obra *Narraciones históricas*, que le ocupó hasta casi el final de su vida, ya que murió sin ver publicado su trabajo. Los manuscritos quedaron sepultados en los archivos de Viena hasta que han sido al fin editados hace menos de diez años. Así vio la luz la obra de un gran historiador que fue consciente en todo

² Ver en <http://www.arrakis.es/~rojea/rande/ranindex.htm>.

momento de la tarea que estaba realizando y para la que buscó el auxilio de una amplia bibliografía tanto española como extranjera. Su monumental obra, exquisita en los detalles pero con lenguaje directo, militar, le reserva un puesto de honor entre los historiadores españoles de todos los tiempos.

Con las enseñanzas de ambos historiadores y con el auxilio de otros textos contemporáneos y modernos intentaremos exponer los hechos que condujeron al ataque de Cádiz en 1702 y las consecuencias que tuvo en el contexto de la Guerra de Sucesión.

Antecedentes: la Sucesión española

Durante la segunda mitad del siglo XVII la monarquía hispánica comienza a evidenciar graves signos de agotamiento que ponían en entredicho su hegemonía política, incontestable en Europa unas décadas antes. La Guerra de los Treinta Años, un conflicto inicialmente centroeuropeo, había acabado por salpicar las tierras peninsulares al entrar en lid el nuevo poder que los Borbones se habían fraguado al oeste del Rin. La intervención de Francia contribuyó a alargar el conflicto, que ya parecía inclinado hacia los imperiales, y evidenció que las cosas no andaban del todo bien en el seno de la monarquía del Rey Católico. La escisión de la estratégica Cataluña y de Portugal, éste último reino de forma definitiva, obligó a los tercios a combatir por primera vez en territorio propiamente hispano y distrajo fuerzas que bien podrían haber socorrido otros puntos clave en el mapa de la guerra. El poder de la monarquía de Felipe IV parecía entonces más que nunca ligado a la fuerza de las armas o, más bien, al verdadero nervio de la guerra, el poderoso señor don Dinero. Y éste ya no se mostraba tan pródigo para una monarquía que había derrochado espléndidamente oro y plata para sostener su estatus político y que había llegado a combatir contra media Europa para imponer sus criterios. La Paz de los Pirineos (1659) puede muy bien señalar el punto de inflexión del poderío español y el inicio de la preponderancia francesa en el continente europeo. Felipe IV, que había recuperado Cataluña en 1652, debe reconocer en la Isla de los Faisanes el triunfo de Luis XIV y la pérdida de los territorios fronterizos del Artois, Rosellón y Cerdeña. Por si esto fuera poco, se vio obligado a casar a la infanta María Teresa con el Rey Cristianísimo acercando peligrosamente el trono español, en caso de quedar vacante, a la Casa de Borbón reinante en el país vecino.

Era lógico, pues, que este matrimonio causara gran recelo en las Cortes europeas. A nadie escapaba la posibilidad de que en el futuro ambas potencias, España y Francia, pudieran llegar a unirse bajo la égida de un

mismo monarca, fruto de estas nupcias. Pero Felipe IV, al igual que su padre Felipe III cuando casó a su hija doña Ana con Luis XIII, buscó inteligentemente neutralizar las posibles consecuencias políticas del enlace y se aseguró que figurase claramente en las capitulaciones matrimoniales la renuncia de los contrayentes a la sucesión al trono hispánico. Similares precauciones tuvo el monarca a la hora de redactar su testamento. En el mismo, Felipe IV insistió que la línea francesa no tenía ningún derecho a la sucesión y designaba a la rama austriaca o incluso a la Casa de Saboya como herederos al trono en el caso de morir su hijo Carlos II. La exclusión de los Borbones se justificaba en la cláusula 15 del testamento «*por los inconvenientes que vendrían al juntarse y unirse estas dos Coronas*».³

Pero todas estas reservas no impidieron al monarca Borbón considerar que su descendencia tenía derechos inexcusables a la monarquía hispánica. Al menos, la diplomacia francesa trabajó en este sentido y reivindicó en todo momento los derechos de la reina María Teresa Hugues de Lionne, uno de los negociadores franceses del Tratado de los Pirineos, expresaba el sentir de sus monarcas al señalar que «*un simple tratado no puede destruir los lazos indisolubles que las leyes de España han establecido desde hace tantos siglos entre los reyes y sus sujetos sobre el hecho de la sucesión de las hijas en defecto de varones*».⁴ La lucha dialéctica estaba servida y pronto también su ámbito se iba a extender a los campos de batalla. Porque el enlace matrimonial no impidió las hostilidades entre España y Francia. De hecho, el impago de la dote de la infanta española fue la excusa esgrimida para reiniciar las hostilidades que ya continuaron, con algunas intermitencias, hasta la muerte de Carlos II.

Y fue precisamente esta muerte una de las más esperadas por las principales monarquías europeas del último tercio del siglo XVII. Porque Felipe IV (†1665), a la edad de 58 años y cuatro antes de su muerte, dio *in extremis* un heredero a la monarquía española; pero las perspectivas de que este recién nacido, el futuro Carlos II, pudiera sobrevivir mucho tiempo parecían entonces mínimas, o al menos así lo pensaron sus súbditos y los de otras potencias europeas.⁵ Sin embargo, las ilusiones de muchos no se iban a

³ MARAVALL, José Antonio: *Estudios de Historia del pensamiento español. Serie Segunda: La época del Renacimiento*, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1984, p. 452.

⁴ HILDESHEIMER, Françoise: *Du Siècle d'or au Grand Siècle. L'État en France et en Espagne, XVIe – XVIIe siècle*, Flammarion, Paris, 2000, p. 263. «...*Un simple article d'un traité ne peut pas détruire les liens indissolubles que les lois d'Espagne ont depuis tant de siècles établis entre les rois et leurs sujets sur le fait de la succession des filles au défaut des mâles*».(T. A.).

⁵ GARCÍA CARCEL, Ricardo y ALABRÚS, Rosa María: *España en 1700 ¿Austrias o Borbones?*, Arlanza Ediciones, Madrid, 2001, pp. 49-50. Hubo pronósticos en lugares tan lejanos como París

hacer realidad por el momento ya que, a la postre, el rey Carlos llegaría a vivir casi 39 años, difiriendo así el problema de la sucesión española.

Todo cambio dinástico en una monarquía de tipo hereditario era siempre susceptible de provocar una crisis política de amplitudes impredecibles. En este caso, estaba en juego además, una pieza de gran valor: los territorios controlados por el rey español eran inmensos y, aunque mantenida a raya en los campos de batalla, todavía se podían esperar grandes cosas de la monarquía hispana. Por eso, desde el nacimiento del infante Carlos, las principales potencias barajaron seriamente las posibilidades que podían plantearse de morir el monarca sin descendencia. Primero su hipotética muerte y después su incapacidad manifiesta de engendrar dejaban claro que, según los testamentos reales, la sucesión pasaría a la rama austriaca de los Habsburgo, titular del Imperio. Pero también Luis XIV parecía a toda costa dispuesto a imponer sus derechos aunque fuera con la fuerza de las armas y por encima de cualquier testamento o capitulación matrimonial. Además, Inglaterra y Holanda no estaban interesadas en ver renacer el poderío español, ya fuera en una versión remozada del Imperio de Carlos V o en un inédito e impredecible bloque franco-hispano. Había que llegar a un acuerdo que satisficiera a todos y basado en el principio de que la monarquía española no podía pasar íntegra a ninguno de los pretendientes. Era la solución lógica para mantener el equilibrio de poderes en Europa, estrategia sancionada en Westfalia y patrocinada principalmente por las potencias marítimas (Inglaterra y Holanda). El primer Tratado de Partición de la monarquía española se concertó en fecha tan temprana como 1668 y ya se sucedieron, con diversas variantes, hasta 1700.

Carlos II, una vez asentado en el trono, vio con disgusto las intenciones de las Cortes europeas, sobre todo la de Viena desde donde su tío el emperador Leopoldo no se recataba a la hora de asegurarse algún pedazo del conglomerado español. Pero poco más podía hacer y tarde o temprano tendría que decidir quien iba a heredar la monarquía. El destino le volvió a jugar otra mala pasada cuando el pretendiente quizás más idóneo, Luis Fernando de Baviera, murió en 1699. Los obstáculos para Francia y Austria habían desaparecido y ya sólo restaba ver si podría más el pertinaz acoso del rey Sol o la fuerza de la sangre austriaca que aún corría por las venas del malogrado rey español.

y Viena de que moriría en la primavera de 1670; cuando por mayo de este año cayó víctima de fiebre gástrica pareció llegado su fin. Pero sólo fue el primero de varios incidentes de este tipo. Lo que no ofrece dudas es su poca salud y vitalidad, la debilidad general de su constitución, que, unida a las escasas capacidades con las que contaba entonces la medicina, le hizo padecer de frecuentes enfermedades y desarreglos a lo largo de toda su vida.

En estas circunstancias pocos podían sustraerse en España del futuro de su monarquía. Las candidaturas de los dos pretendientes polarizaron la corte de Madrid en dos bandos según fueran favorables a las pretensiones de la Casa de Borbón o de la de Habsburgo, representada la primera por el duque de Anjou y la segunda por el archiduque Carlos. El partido francés tenía como máximos valedores al cardenal Portocarrero y al conde de Monterrey y abogaba por una monarquía fuerte al estilo de la Francia de Luis XIV.⁶ Mientras tanto, el partido austriaco se organizó en torno a la reina Mariana de Neoburgo –tía del archiduque Carlos–, el almirante de Castilla y el conde de Oropesa, que no estaban dispuestos a ver el trono español en manos del mayor enemigo de la víspera. Para complicar aún más las cosas, los embajadores de Francia y Austria, marqués de Harcourt y conde de Harrach respectivamente, alimentaron las intrigas cortesanas para decantar al rey hacia uno u otro bando. Pero la lucha en torno a la sucesión no se decidió hasta un mes antes de la muerte de Carlos II.

Y por sorprendente que a primera vista pudiera parecer, el monarca español se inclinó finalmente por el duque de Anjou. En un acto sin duda doloroso, cuando en su cuerpo maltrecho el corazón y la razón se enfrentaban a la postre, el último Habsburgo español obró con el solo objetivo de preservar íntegra su herencia y por ello la dejó en manos del partido que más fiablemente la iba a defender. El testamento fue firmado a disgusto, como señalan algunos autores contemporáneos,⁷ y no se hizo público hasta la muerte del monarca, que sobrevino el primero de noviembre de 1700.

A estas alturas ya nadie dudaba que Luis XIV, con la monarquía española en el bolsillo, no fuera a cumplir ninguno de los acuerdos de partición que había concluido con las otras potencias. En toda lógica, el emperador Leopoldo se negaba tajantemente a aceptar el testamento, considerando que su sobrino lo había firmado contra su voluntad y forzado por el partido fran-

⁶ CASTELLVÍ, Francisco de: *Narraciones Históricas*, Fundación Francisco Elías de Tejada y Erasmo Pèrcopo, Madrid, 1997, vol. I, p. 165. El conde de Monterrey, en el Consejo de Estado, expuso con estas palabras el sentir de su grupo: «Sea fatalidad o descuido, la España ha mudado de lo que era cuando el rey Carlos II comenzó a reinar; (...) la continuación de tantos años de guerra en Portugal y Flandes comenzó (...) a debilitar el gran cuerpo de la monarquía, que en nuestros días ha manifestado su flaqueza y falta de vigor, a lo que también han concurrido otros malos humores, que le han abatido por la perfidia de los malignos en las revoluciones de Nápoles, Sicilia y Cataluña. De modo que ha sido necesario pactar con los mismos pueblos rebeldes, no habiendo sido posible acudir con las fuerzas a la urgencia y reparar tantos inconvenientes».

⁷ BACALLAR, Vicente (Marqués de San Felipe): *Comentarios de la Guerra de España*, Edición Carlos Seco, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1957, p. 15. «Esto ejecutó el Rey libremente, no sin repugnancias de la voluntad, vencida la razón; no le era de la mayor satisfacción, pero le pareció lo más justo, y rendido al dictamen de los que tenía por sabios e ingenuos, al amor de sus vasallos, a quienes creyendo dar una perpetua paz dejó una guerra cruel». CASTELLVÍ: 1997,

cés enquistado en la Corte. Así, las tropas imperiales ejecutaron los primeros movimientos hacia Italia para tratar de asegurarse en el entreacto la posesión del ducado de Milán. Pero el poder austriaco necesitaba de las potencias marítimas para enfrentarse a la todopoderosa Francia y sabía muy bien que sin su concurso cualquier esfuerzo unilateral sería en vano. Sin embargo, Inglaterra y Holanda aceptaron inicialmente la sucesión confiando en que el rey francés no utilizaría la herencia de su nieto, el duque de Anjou, en beneficio exclusivo de Francia.⁸ Guillermo de Orange, a la vez rey de Inglaterra y estatúder de los Países Bajos, hizo oídos sordos ante las airadas protestas del Emperador y permaneció a la espera de sacar algún provecho de la situación. Pronto, sin embargo, Luis XIV iba a dar motivos suficientes de recelo a las potencias indecisas y sembraría las semillas de un nuevo conflicto a escala continental que acabaría con la hegemonía de Francia en Europa.

Efectivamente, en fecha tan temprana como el 7 de noviembre de 1700, el rey francés cedía a su aliado el elector de Baviera los Países Bajos españoles, disponiendo de ellos como si de cualquier otro territorio suyo se tratase. A continuación, después de haber introducido sus fuerzas en las fortalezas españolas de Flandes, ordenaba ocupar las plazas de la Barrera el 6 de febrero de 1701.⁹ Todos estos movimientos de tropas parecían responder a las directrices estratégicas del rey Cristianísimo, que consistían en reforzar con sus tropas los puntos sensibles del entramado territorial español en Europa. El Emperador mientras tanto, continuaba denunciando insistentemente la injerencia del rey francés en los asuntos de España¹⁰ hasta que, finalmente, la concesión del asiento de negros a la Compañía

I, p. 178. Incluso se habló de coacción. El cardenal Portocarrero en carta de 2 de enero de 1701 escribe al duque de Anjou: *«El padre de las Torres (confesor de Carlos II) ha revelado el secreto de que nos habíamos valido para hacer un testamento a favor de V.M. publica sin rebozo que el rey antes de morir le había confiado que le habían forzado a firmar un testamento, lo que nunca hubiera hecho si hubiese seguido los justos impulsos de su conciencia»*.

⁸ CASTELLVÍ: 1997, vol. I, p. 268. Holanda reconoció a Felipe como rey de España el 22 de febrero de 1701 e Inglaterra el 17 del mes siguiente.

⁹ VIDAL: Josep Juan: *Política interior y exterior de los Borbones: Los reinados de Felipe V y Fernando VI*, Ed. Istmo, S.A., Madrid, 2001, p. 21. Las plazas de la Barrera eran para Holanda una línea defensiva en los Países Bajos españoles contra Francia. La pérdida de control sobre las mismas constituía un incremento considerable de la inseguridad de las Provincias Unidas, que veía como su mayor enemigo se instalaba a las puertas.

¹⁰ VIDAL: 2001, p. 21. El 1 de febrero de 1701, Luis XIV hizo registrar en el parlamento de París el mantenimiento de los derechos de Felipe V a la Corona de Francia, en contra de las cláusulas testamentarias de Carlos II. Como más tarde quedaría reflejado en el tratado de la Gran Alianza, una de las amenazas más evidentes para los aliados era que *«los reinos de España y Francia se hallan tan íntimamente unidos que no pueden considerarse en adelante sino como uno mismo, solo, idéntico reino»*.

francesa de Guinea (27 de agosto) acabaría por decantar a las potencias marítimas hacia el partido de Austria.¹¹ El 7 de septiembre de 1701 se firmó entre el Emperador, Inglaterra y Holanda la Gran Alianza de La Haya, con la finalidad de negociar con Luis XIV la sucesión en España. La contestación de París no se hizo esperar, con el reconocimiento del príncipe Jacobo como rey de Inglaterra (16 de septiembre).¹² Tras el combate diplomático durante tantos años, la guerra efectiva en Europa por el trono de Carlos II estaba a punto de empezar.

Primeras operaciones de la Guerra de Sucesión

Desde la subida al trono español del duque de Anjou con el nombre de Felipe V, los preparativos bélicos de Francia tomaron un ritmo vertiginoso, seguro su monarca de que la intimidación y ostentación de fuerza eran la mejor fórmula para persuadir a sus enemigos a evitar el conflicto. En esta dinámica, la ocupación de los Países Bajos españoles por las tropas francesas ya podría ser considerada por las otras potencias como *causa belli* y de hecho fue la primera acción militar de la Guerra de Sucesión, aunque ésta tardaría todavía en ser declarada formalmente. Inglaterra y Holanda aún no habían agotado la vía diplomática y poco más podían hacer que preparar sus fuerzas para el enfrentamiento bélico que se intuía en el horizonte. En cambio el Emperador, impaciente por entrar en acción, ordenó a su general más capacitado –el príncipe Eugenio de Saboya– pasar a Italia para ocupar el ducado de Milán, territorio que tradicionalmente estaba enfeudado al Imperio. Consciente del peligro que suponía la ocupación del norte de Italia por su mayor enemigo, Luis XIV envió a su vez al mariscal Catinat a la ciudad italiana de Rivoli con el objeto de cerrar los pasos alpinos a las fuerzas imperiales. Sin embargo, el príncipe Eugenio logró cruzar el Tirol y alcanzar el Véneto el 28 de mayo de 1701 forzando a los franceses a retirarse tras sufrir algunas pérdidas (Carpi, 9 de julio). Fruto de esta acción el mariscal

¹¹ Se llamaba *asiento de negros* al lucrativo monopolio del comercio de esclavos negros hacia América, que hasta entonces había estado en manos holandesas. Los intereses de Holanda e Inglaterra, que mantenían un comercio activo con las colonias americanas, se vieron amenazados por la concesión de este privilegio a los comerciantes franceses.

¹² Era el príncipe Jacobo hijo del rey inglés Jacobo II. Jacobo II subió al trono de Inglaterra tras la muerte de su hermano Carlos II (†1685) pero el catolicismo del que hizo gala, la política absolutista que desplegó y su acercamiento a Luis XIV le alienó la opinión pública de sus súbditos, que le depusieron y reemplazaron por Guillermo de Orange, casado con la hija primogénita del monarca destituido.

Catinat fue relevado en el mando por el mariscal de Villeroi que inmediatamente trató de tomar la iniciativa y aprovechar la superioridad de sus fuerzas para conseguir una victoria rápida. Así, el primero de septiembre de 1701 desencadenaba una ofensiva encaminada a desalojar a los imperiales de sus posiciones (Batalla de Chiari) pero que resultó a la postre infructuosa y no evitó que las tropas imperiales se acantonaran en el norte de Italia para pasar el invierno.

En el aspecto político, ya vimos como el 7 de septiembre de 1701 se firmaba la Gran Alianza de la Haya. Los miembros iniciales de la misma fueron Inglaterra, Holanda, Austria, Prusia y buena parte de Alemania. Más tarde se sumaron Dinamarca, Portugal y Saboya. En el otro lado de la balanza se encontraban los aliados de Francia y España: inicialmente Saboya –que cambió más tarde de bando–, Mantua, Colonia y Baviera. Sin embargo, todavía no existía una declaración de guerra formal entre la Gran Alianza y Francia. Abría que esperar hasta la primavera de 1702 para que ésta se produjera.

Pero esto no impedía que el Emperador continuara con sus acciones unilaterales en el norte de Italia. Así, la campaña de 1702 se inició con una audaz ofensiva del príncipe Eugenio que terminó en la batalla de Cremona (1 de febrero) con la captura del jefe de las fuerzas borbónicas, mariscal Villeroi, que sería reemplazado más tarde por el duque de Vendôme. A partir del mes de mayo el punto de gravedad del conflicto se desplazó, como era de prever, hacia latitudes más septentrionales. En efecto Inglaterra, al frente de la Gran Alianza declaró la guerra a Francia (15 de mayo de 1702)¹³ y comenzó a desembarcar sus fuerzas en Holanda al mando del futuro duque de Marlborough. La guerra sería dirigida en adelante por un triunvirato formado por el general inglés, por el príncipe Eugenio y por el Gran Pensionario¹⁴ Heinsius. Sin embargo la eficacia de las unidades aliadas estacionadas en Holanda, fuerte en 50000 hombres, fue en un comienzo escasa ya que el gobierno holandés dudaba a la hora de forzar el combate y acabaría frustrando la campaña estival de Marlborough.

En España, mientras tanto, el nuevo monarca Borbón era reconocido por sus reinos peninsulares como sucesor de Carlos II y empezaba a plantearse la necesidad de viajar a Italia para hacer entender a todos –súbditos

¹³ LAFUENTE, Modesto: *Historia General de España*. Muntaner y Simon, Editores, vol. III. Barcelona, 1883, p. 482. La guerra de Alemania había sido declarada en la Dieta de Ratisbona, y publicada en un mismo día en Londres, Viena y La Haya (15 de mayo de 1702) con Luis XIV y Felipe V como usurpadores del trono de España.

¹⁴ Ministro de Asuntos Exteriores de las Provincias Unidas de Holanda.

y enemigos— que estaba resuelto a defender íntegra su herencia. Además, los territorios italianos tenían un valor estratégico muy grande y siempre habían sido codiciados por franceses y austriacos. Como hemos visto, los primeros movimientos imperiales se habían dirigido en la primavera de 1701 hacia el norte de Italia, donde las unidades españolas operaban junto a las francesas. Pero también en Nápoles, en septiembre del mismo año, habían estallado desórdenes a favor del emperador de Austria y, aunque finalmente los ánimos se apaciguaron, Felipe V tuvo que destituir al virrey, duque de Medinaceli, y resolvió acudir en la primera ocasión a Italia.¹⁵ De este modo, tras concluir Cortes en Cataluña, Felipe V embarcó en Barcelona con rumbo a Nápoles el 8 de abril de 1702. Una vez estabilizada su posición en el sur de la península italiana, el Rey español volvió a embarcar para dirigirse a Milán y asistir a las operaciones que allí se estaban ejecutando y que condujeron a la batalla de Luzzara (15 de agosto de 1702). En esta acción, donde el Rey participó en persona,¹⁶ las tropas borbónicas, con cerca de 50000 hombres, se hicieron con Luzzara, ciudad de gran importancia estratégica ya que en ella el príncipe Eugenio tenía sus depósitos de víveres y municiones. Sin embargo, los imperiales consideraron que la victoria también había sido suya porque, a pesar de la pérdida de Luzzara, sus treinta mil hombres habían conseguido mantener a raya a una fuerza superior en número y que había sido incapaz de arrojarlos de sus posiciones en la ribera del Po. Con la partida en tablas terminaría la campaña de 1702 en Italia.

Mientras tanto Marlborough, sin tantos impedimentos para entrar en acción, había conseguido hacerse con algunas plazas fuertes en el Rin y el Mosa —Kaiserwerth, Venlo y Lieja— mereciendo por estas acciones el título de duque que le fue concedido a finales de 1702. Más al sur y como previo pasó para la invasión de Alsacia, el príncipe Luis de Baden había cruzado el Rin con el objeto de sitiar Landau, que capitulaba ante sus fuerzas el 9 de septiembre. Sin embargo, el apoyo bávaro a Francia obligó al príncipe Luis a replegarse hacia Alemania, donde fue alcanzado en Friedlingen y derrotado por el general francés Villars (14 de octubre de 1702).¹⁷

¹⁵ CASTELLVÍ: 1997, vol. I, p. 386. Decreto del rey Felipe V en Barcelona, 2 de febrero de 1702: «*La urgente necesidad de Nápoles y Milán me parece de tan gran consecuencia que no puedo sosegar mi ánimo hasta que haya satisfecho a mi vivo deseo de hacer ver a mis reinos y súbditos que el amor que les tengo no reparará en exponer mi persona a los mayores peligros por su defensa*».

¹⁶ BACALLAR: 1957, p. 42. «*El rey inflamó con su presencia los ánimos, tan adelantado a las filas y bajo del tiro, que no bastando ruegos, casi con violencia le detuvieron los suyos*».

¹⁷ Tras esta victoria, el general francés se hizo proclamar mariscal por sus soldados, lo que posteriormente fue ratificado por Luis XIV.

Los cañones empezaban a resonar cada vez más fuerte en un frente que se extendía desde Brujas a Mantua y enfrentaba a los mejores ejércitos de Europa. La campaña de 1702 sólo fue un aperitivo comparado con lo que quedaba por llegar ya que, a la postre, la guerra sería cruenta y larga, poniendo a prueba la resistencia de todos. Pero es hora de volver nuestra mirada hacia la Península Ibérica y explicar los hechos que condujeron a la primera acción aliada en territorio propiamente español.

Preparativos aliados contra la Península Ibérica

Durante el año 1702, ingleses y holandeses iniciaron una carrera contrarreloj para disponer lo antes posible sus tropas, seguros de que la diplomacia no sería suficiente para dar marcha atrás a los planes hegemónicos de Luis XIV. Según Castellví,¹⁸ «*los holandeses resolvieron para el armamento marítimo de este año 1810 hombres y para el equipaje de 48 navíos, (además) de cinco regimientos que debían embarcarse por ocho meses*». En cuanto a los ingleses, según el mismo autor, el rey Guillermo «*resolvió aumentar las tropas nacionales hasta 41000 infantes, 7000 caballos y mil dragones... y por el servicio del mar se armaron 99 bajeles de guerra de 50 a 100 cañones*». A todo esto habría que añadir las tropas extranjeras contratadas a sueldo. El Parlamento inglés no opuso ningún obstáculo a su monarca y concedió los créditos necesarios para el esfuerzo bélico.

Por aquellos días previos a la declaración de guerra, el rey Guillermo confería frecuentemente con el príncipe alemán Jorge de Darmstadt.¹⁹ El tema fundamental de estas reuniones era como se iba a desarrollar la futura guerra contra los Borbones. Entre los primeros proyectos planteados en Londres se contaba con el envío de una expedición a las Indias para atacar el puerto de la Habana y la península de Florida. Con esta acción se pretendía interferir la navegación de la flota de galeones en su regreso a España. Sin embargo, la corte de Viena se opuso a tales proyectos e insistió en que la armada aliada debía actuar principalmente en el Mediterráneo. Además, el príncipe de Darmstadt convenció a los ingleses de que un desembarco estratégico en la Península, a poder ser en Cataluña donde tenía partidarios, provocaría un

¹⁸ CASTELLVÍ: 1997, vol. I, p. 329.

¹⁹ El príncipe Jorge de Darmstadt-Hesse era primo hermano de la reina Mariana de Neoburgo y tío segundo del emperador Leopoldo. Había sido virrey de Cataluña durante la última fase del reinado de Carlos II, pero, al terminar su trienio, el nuevo rey, Felipe V, le relevó del cargo por sus conexiones austracistas. Desde entonces se puso al servicio del emperador para elevar en el trono hispano al archiduque Carlos.

levantamiento a favor del archiduque Carlos. En el año 1704 y 1705, el príncipe alemán tendría la oportunidad de llevar a cabo este plan pero, por el momento, los ingleses tenían puesto el punto de mira sobre la flota de Indias y les atraía mucho más el ataque a Cádiz, centro neurálgico del comercio americano. Este puerto y su bahía constituían un punto fácilmente defendible tanto por tierra como por mar y además, permitiría a las fuerzas expedicionarias aventurarse por tierras andaluzas aprovechando el estado de indefensión en que se hallaba este territorio al estar lejos del teatro de la guerra. A pesar de la muerte de Guillermo III (19 de marzo de 1702), este plan fue mantenido en vigor por el nuevo monarca inglés, la reina Ana, aunque, si seguimos a Castellví, la muerte de Guillermo provocó la competencia en el mando y diversos cambios en los jefes de las expediciones marítimas.²⁰ El 15 de mayo, once días después de la coronación de la reina Ana, la Gran Alianza promovida por Guillermo entraba en guerra contra Francia y España –las Dos Coronas– dándose luz verde a la expedición a Cádiz.

Guillermo, antes de su muerte, había decidido nombrar como jefe de la expedición a un católico, el príncipe Darmstadt. Con ello quería apagar los recelos que pudieran tener los españoles al ver en sus tierras ejércitos de religión protestante. Se hicieron esfuerzos por reclutar unidades formadas por católicos, pero tuvieron poco éxito y las fuerzas austriacas, las únicas que podrían ser vistas sin tanta desconfianza, estaban empeñadas en Italia y Alemania. Obligado pues a actuar con fuerzas en su amplia mayoría protestantes, Darmstadt tomó la precaución de publicar severas órdenes para la más exacta disciplina de las tropas y prohibió terminantemente la entrada en los templos a los soldados: «*A los oficiales se les impuso que si les movía la curiosidad observasen el mismo respeto que los católicos, sin entrar jamás por las mañanas, cuando se celebraban los divinos oficios*».²¹ Pero todo se previno con urgencia y la estructura de mando de la expedición, así como las tropas heterogéneas que la componían, no auguraban un buen resultado de la empresa.

Porque podemos distinguir hasta cuatro jefes en esta expedición, cada uno con diversos cometidos y competencias no muy bien definidas. En primer lugar, el príncipe Darmstadt, jefe nominal de la expedición por deseo de Guillermo, pero sin tropas austriacas en la misma que pudieran ratificar esta posición de privilegio. A continuación, el almirante Rooke, al mando de la flota anglo-holandesa y muy a tener en cuenta tanto en la maniobra de

²⁰ CASTELLVÍ: 1997, vol. I, p. 330.

²¹ CASTELLVÍ: 1997, vol. I, p. 366.

desembarco y bloqueo de Cádiz como en el sostenimiento logístico de la operación. Por último, los dos jefes de las fuerzas de desembarco: el duque de Ormond, considerado por parte inglesa como el verdadero jefe de la expedición, y el barón Spaar, del lado holandés, responsables ambos en último término de la disciplina y de la actuación en el combate de sus unidades. El mando único, pues, no fue una de las virtudes de esta expedición por lo que cualquier decisión se tuvo que debatir en turbulentos Consejos de Guerra donde las partes se mostraron en ocasiones irreductibles.²²

En cuanto a la composición de la armada –*The Grand Fleet*, según los ingleses– los aliados dispusieron de alrededor de ciento cincuenta barcos, entre los que habría que destacar cincuenta buques de línea, treinta buques más pequeños, seis barcos hospital y más de cincuenta barcos de transportes para las tropas de desembarco. Además, de la artillería, municiones y víveres propios de la flota, las naves también transportaban fusiles y bagajes varios para equipar hasta treinta mil españoles.²³ Como vemos, el éxito de la operación dependía en gran medida de la capacidad de atraer al bando austriaco a contingentes importantes de población española que, una vez armados, pasarían a engrosar las filas de los aliados y afianzarían un frente peninsular en la guerra contra los Borbones. Por último, el número de tropas de desembarco que ponía a su disposición la Gran Alianza –*The Land Forces*– ascendía a catorce mil hombres: diez mil ingleses y cuatro mil holandeses.

A finales de julio de 1702, la escuadra anglo-holandesa partía de Inglaterra. El 31 pasaba por Finisterre y el 8 de agosto llegaba a Lisboa. Desembarcado en esta ciudad, Darmstadt aprovechó para entrevistarse con el rey Pedro de Portugal y conseguir primero su neutralidad y después el compromiso, en un futuro no muy lejano, de su participación en la Gran Alianza.²⁴ Tras estas gestiones diplomáticas, la escuadra aliada superó el cabo de San Vicente y en pocos días se adentraba en las aguas andaluzas causando gran nerviosismo en los súbditos del rey Felipe, que por aquel entonces se encon-

²² MACAULAY, Thomas B.: *Critical and Historical Essays*. (W), 1843, vol. 2, Part II: «*The chiefs of the expedition were divided by national and professional feelings, Dutch against English, and land against sea*». (Los jefes de la expedición estaban divididos por sentimientos nacionales y profesionales, holandeses contra ingleses, y fuerzas de tierra contra marina). (T. A.).

²³ CASTELLVÍ: 1997, vol. I, p. 366.

²⁴ BACALLAR: 1957, p. 44-45. De Portugal llegaban noticias de que: el príncipe Darmstadt, que hacía veces de ministro cesáreo en Lisboa, y el canciller Montuvin, que lo era allí de Inglaterra, (...) habían reducido el ánimo del rey don Pedro a la neutralidad, y trabajaban por incluirle en la Liga, no solamente porque necesitaban de aquel puerto para sus designios, sino también porque les parecía que aquella era la puerta más fácil para la España, que era la principal idea de la guerra.

traba guerreando en Italia. Durante su ausencia había nombrado a su esposa la reina María Luisa, a la sazón con 13 años de edad, gobernadora y lugarteniente general del Reino. Auxiliada por la princesa de Ursinos y el conde de Montellano, la joven reina se mostró firme ante la crisis y dio las primeras órdenes para la defensa de Andalucía. En un principio, se aprovechó la presencia de la flota aliada para desenmascarar a algunos miembros de la nobleza y probar su fidelidad a la causa borbónica. Así, la princesa de los Ursinos, de parte de la reina, insinuó al almirante de Castilla –antaño uno de los líderes del partido austracista– que tomará a su cargo las operaciones en Andalucía. El almirante, sin embargo, entendió que se estaba tanteando su lealtad en una misión en la que, con los medios puestos a su disposición, podía estar abocada al fracaso y respondió que en esas condiciones no quería poner en entredicho su honor. Al decir de Bacallar,²⁵ el almirante quería ser rogado para que no se le imputase cualquier desgracia que pudiera acontecer en su actuación. La reina aceptó a regañadientes la excusa y determinó que se hiciera cargo de la defensa el capitán general de Andalucía don Francisco del Castillo, marqués de Villadarias. La flota enemiga seguía mientras tanto su rumbo indefinido hasta que al fin se detuvo frente a la bahía de Cádiz.

La defensa de Cádiz y su bahía

La ciudad de Cádiz y su bahía constituyen ahora como en el siglo XVIII el mejor fondeadero natural de la costa atlántica andaluza. Situada en la desembocadura del río Guadalete, la bahía de Cádiz está formada por un arco de islas que se fueron uniendo entre sí y al continente gracias al aporte de aluviones fluviales y a las corrientes marinas. La rada natural así compuesta tiene hasta tres bocas: Rota-Cádiz con 10 Km. de anchura, Santa Catalina-Cádiz de hasta 5 Km. y Matagorda-Puntal de algo menos de 2 Km. en su sector más estrecho. La longitud de la bahía en su sector más recogido es de 5 Km. Su situación, a caballo entre dos continentes y próxima a importantes yacimientos mineros, la hizo idónea desde la antigüedad para albergar un enclave comercial. Aunque se desconoce el emplazamiento exacto del antiguo asentamiento fenicio (h. 1100 a. C.) es probable que se encontrara en la isla de San Pedro y sirviera para acceder desde allí al vecino reino de Tartessos. De época romana son conocidos al

²⁵ BACALLAR, 1957, p. 45.

menos otros dos establecimientos en la bahía, uno cerca de la actual Rota y otro a orillas del río Guadalete, llamado este último «*Portus Gaditanus*» Fue en la época de Julio César cuando el puerto de Cádiz, cualquiera que fuera su situación geográfica, adquirió su primera época de notoriedad y esplendor exportando salazones y vinos para Roma y otras provincias europeas y africanas del Imperio. Tras el colapso de Roma, las actividades comerciales y la ciudad misma quedaron eclipsadas hasta que, en el siglo XV, los Reyes Católicos fundaron Puerto Real y volvieron a reactivar la zona en una época en que la monarquía hispana empezaba a ensanchar sus horizontes hacia América. Pero inicialmente fue Sevilla la ciudad más favorecida en el comercio indiano y, a pesar de que la flota fondeara habitualmente en Cádiz tras descender el Guadalquivir, no fue hasta el reinado de Felipe III cuando se le autorizó completar la carga de los buques que se dirigían a América.

La situación estratégica de Cádiz y sobretodo el ser una escala habitual de la flota de Indias le supuso a lo largo de su historia ser el blanco de las armadas enemigas, como en el año 1597 cuando sufrió el ataque anglo-holandés dirigido por el conde de Essex. La ciudad fue pasada a saco brutalmente y tuvo que ser reconstruida casi de nueva planta. Precisamente un año después del ataque, el ingeniero militar Cristóbal de Rojas se encargó de los trabajos de fortificación y dotó a la ciudad de consistentes defensas: de esta época son los fuertes de Santa Catalina, San Sebastián y Puntales. También destacan en la bahía los fuertes de San Luis y Matagorda en Puerto Real, el castillo de Santa Catalina en el Puerto de Santa María y el de Sancti Petri en San Fernando. Con estas obras y las que se realizaron a lo largo del siglo XVII en las murallas y puertas de acceso a la plaza, se completaba el dispositivo de defensa que tendría la ciudad y bahía de Cádiz durante el ataque aliado de 1702.²⁶

El ataque aliado a Cádiz

A finales de agosto de 1702 la flota anglo-holandesa de la Gran Alianza fue avistada en la Bahía de Cádiz. El entonces capitán general de Andalucía, marqués de Villadarias, se hizo cargo de la defensa del territorio por

²⁶ Para más información sobre las fortificaciones de la Bahía de Cádiz ver BARROS, J. Ramón y HERNÁNDEZ, J. Carlos: «Las Defensas de la Costa Atlántica Andaluza», en *Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico*. Sección - Información: Patrimonio Histórico Andaluz, n. 40-41, 2002. (W).

orden real y llamó a consejo a sus generales para planificar la operación y disponer sus fuerzas de la manera más óptima para resistir el inminente desembarco. Los únicos contingentes importantes de tropas que estaban a disposición de Villadarias en la zona eran los dos mil trescientos hombres de guarnición en Cádiz, al mando de su gobernador Escipión Brancaccio, y ochocientos jinetes bajo las órdenes del general Félix Ballaró.²⁷ A estas fuerzas habría que incrementar las milicias que se levantaron y consiguieron llegar a tiempo al teatro de operaciones. La situación desde luego no era nada alentadora. La proporción en el mejor de los casos era de cuatro a uno para los aliados. Como señala el historiador inglés Macaulay: «*Las autoridades españolas no tenían fondos ni tropas regulares. El espíritu nacional, sin embargo, suplió en algún grado lo que era deficiente. Los nobles y propietarios avanzaron dinero. Los campesinos fueron encuadrados en lo que los autores españoles llaman 'bandas de heroicos patriotas' y el General Stanhope 'una chusma de peones'*».²⁸ Por si la situación no era ya de por sí lo suficientemente complicada, Castellví refiere como Villadarias concluyó el Consejo de Guerra con poca reflexión y aire ofensivo entorpeciendo aún más la defensa.²⁹

El 23 de agosto la armada aliada fondeó fuera de la bahía de Cádiz y envió emisarios para negociar con el gobernador la rendición de la plaza. Los ingleses pusieron en manos de Escipión Brancaccio una carta de la reina Ana de Inglaterra donde se le recordaba como había servido antaño a los Austrias en su lucha contra Francia y se le rogaba abandonar el servicio del rey Felipe para defender los derechos legítimos del archiduque Carlos al trono español. Sendas cartas fueron también remitidas al marqués de Villadarias y al general Ballaró. Además, el 25 de agosto la escuadra logró introducir en la costa varios manifiestos donde se trataba de explicar que las

²⁷ CASTELLVÍ: 1997, vol. I, p. 366. Datos según este autor. BACALLAR, Vicente (Marqués de San Felipe), 1957, p. 45, disminuye considerablemente el número de los efectivos de Villadarias: *todas sus tropas eran 150 hombres veteranos y 30 caballos; los que presidiaban a Cádiz no llegaban a 300*. Probablemente Bacallar sólo hizo referencia a las tropas regulares que habitualmente estaban de presidio en la bahía y no las que el capitán general pudo movilizar antes del ataque.

²⁸ MACAULAY: 1843, vol. 2, Part II: *The Spanish authorities had no funds and no regular troops. The national spirit, however, supplied, in some degree, what was wanting. The nobles and farmers advanced money. The peasantry were formed into what the Spanish writers call bands of heroic patriots, and what General Stanhope calls «a rascally foot militia» (T. A.).*

²⁹ CASTELLVÍ: 1997, vol. I, p. 366. Volviéndose al general don Félix Ballaró, catalán práctico y valeroso soldado, le dijo: «*Señor don Félix, ahí tiene V.S. al príncipe de Darmstadt, su amigo*». Ballaró le respondió con igual tono: «*Se engaña V. Ex., que el que es enemigo del príncipe a quien sirvo, lo es mío*». Volvióle las espaldas y con enfado dijo en alta voz: «*Si al rey le defienden sus generales con la espada como lastiman con la lengua, poco cuidado pueden darle sus enemigos*».

fuerzas aliadas «no eran destinadas para ocupar plazas ni país por la reina de Inglaterra; sólo eran para apoyar los derechos de la familia austriaca a la corona; que los españoles que no se opondrían a las tropas serían conservados en su religión, bienes y privilegios». ³⁰ Nada sirvió para inclinar el parecer de los jefes españoles, que permanecieron en todo momento leales a su monarca: «Esto no hizo ningún efecto en la fidelidad de los jefes; antes se dieron por ofendidos de imaginarlos capaces de una ruindad. Ballaró entregó su carta a Villadarias; éste, la suya y la del gobernador de Cádiz, se enviaron a la Reina (Maria Luisa)». ³¹

Ante la negativa española, el 26 de agosto por la mañana empezó el desembarco aliado entre Rota y el fuerte de Santa Catalina, al sur del Puerto de Santa María, con el objetivo de asegurar una primera cabeza de playa frente a las defensas de Cádiz. Los hombres destinados a esta operación inicial ascendían a mil quinientos granaderos. Como había prometido en el Consejo de Guerra, el general Ballaró se opuso con la Caballería española al desembarco y ejecutó la maniobra de forma tan audaz que acabó perdiendo la vida en el envite. ³² Desmantelada la defensa por la superioridad aliada, las fuerzas anglo-holandesas continuaron desembarcando en tres turnos durante el resto del día con la sola oposición de las baterías del fuerte de Santa Catalina. Por la tarde, parte de las tropas se dirigieron hacia el fuerte de Luna en Rota, que se entregó al día siguiente al tomar su gobernador partido por los aliados. ³³

El 30 de agosto, los aliados habían completado el desembarco de las tropas de tierra y estaban listas para continuar la operación. Para asegurar su posición sólidamente, el siguiente paso consistía en ocupar las plazas y

³⁰ CASTELLVÍ: 1997, vol. I, p. 367.

³¹ BACALLAR: 1957, p. 46.

³² CASTELLVÍ: 1997, vol. I, p. 366-367. (Ballaró había dicho a Villadarias) «Yo me ofrezco a atacar con cuatro escuadrones los enemigos al desembarcar si VEx., con el resto de la caballería, dispone de animar y sostener la acción». Adhirió (Villadarias) el ofrecimiento (...) Ofendido del imprudente estilo de Villadarias, (Ballaró) se adelantó a la frente de 50 caballos con más bravura que reflexión a impedir el desembarco. Habían puesto pie en tierra un cuerpo de 150 granaderos. Desordenóle Ballaró. Siguióles hasta dentro del mar y dejó la vida en el conflicto en prueba de su coraje y valor. BACALLAR, 1957, p. 46, por su lado escribe: «En una de estas acciones murió don Félix Ballaró, casi desesperado, arrojándose al mayor peligro, porque le había dicho Villadarias que allá estaba su amigo Darmstadt».

³³ BACALLAR: 1957, p. 46. «En Rota desembarcaron 500 ingleses; luego la rindió su gobernador vilmente, y tomó el partido de los enemigos; dióle el título de marqués el príncipe de Darmstadt en nombre del Emperador; este ciego y acelerado premio era querer atraer a los demás». BARROS-HERNÁNDEZ, 2002, Boletín 40-41: «El castillo de Luna, asentado en las proximidades del mar fue fundado sobre un ribat musulmán durante los siglos XIII al XVI bajo los auspicios de Guzmán El Bueno, como parte de la cerca o muralla que envolvía la primitiva urbe».

fuertes próximos a la zona de desembarco. Así, a la mañana siguiente, un regimiento se dirigió hacia el Puerto de Santa María que, al carecer de fortificaciones adecuadas, fue ocupado sin resistencia.³⁴ La mayor parte de los habitantes, viendo el avance de los aliados, había abandonado la ciudad con sus mejores pertenencias. El primero de septiembre los aliados rindieron el fuerte de Santa Catalina, la clave del sistema defensivo al oeste del Guadalete, e hicieron trescientos prisioneros españoles. Asentados con relativa seguridad en el triángulo formado por Rota, el Puerto de Santa María y el castillo de Santa Catalina, las sucesivas acciones de las fuerzas aliadas iban encaminadas a la ocupación de Puerto Real para después dirigirse a San Fernando y por fin a Cádiz. Sin embargo, la plaza de Puerto Real no iba a resultar una pieza fácil.³⁵

En un Consejo de Guerra, los aliados resolvieron atacar primero el fuerte de Matagorda, al sur de Puerto Real, acción que le fue confiada al barón de Spaar con una fuerza de cuatro mil hombres. Tras intentar un infructuoso asalto llevado a cabo por seiscientos hombres, el general holandés empezó a construir baterías y trincheras para aproximarse al fuerte. Pero, al decir de Castellví,³⁶ la artillería que facilitó Ormond era del todo insuficiente para afrontar tal operación y los trabajos de zapa se realizaban con lentitud por el cañoneo incesante de los españoles. Porque las tropas aliadas, además, del fuego que recibían de Matagorda, estaban sufriendo el bombardeo de las baterías del Puntal³⁷ y de la escuadra franco-española que, al mando

³⁴ BARROS-HERNÁNDEZ: 2002, Boletín 40-41: «El Puerto de Santa María (...) estaba especialmente vinculado con el río Guadalete en cuya ribera se fundó, tomando al castillo de San Marcos como hito de referencia. (...) Sin embargo, la clave en la defensa de la bahía y el acceso al río lo formaba un grupo de baterías que surcaban la costa desde Rota hasta El Puerto: la Gallina, la Puntilla, el Palmar, la Bermeja, la Ciudad y la Arenilla, todos pequeños recintos artillados que dirigían su línea de fuego hacia la bahía y cuyo sistema de protección culmina en el castillo de Santa Catalina».

³⁵ BARROS-HERNÁNDEZ: 2002, Boletín 40-41: «La posición geográfica de Puerto Real (...) le convertía en el complemento idóneo para defender la entrada de la bahía. Así surgieron a lo largo de los siglos diversos fuertes que junto con el de Puntales (en la Isla de León) defendían la puerta de la bahía. Estos fuertes fueron los de San Luis y Matagorda, a los que hay que añadir los diversos intentos de fortificación de la isla del Trocadero».

³⁶ CASTELLVÍ, 1997, vol. I, p. 367.

³⁷ BARROS-HERNÁNDEZ, 2002, Boletín 40-41: «El Castillo de San Lorenzo de Puntales, más conocido como Castillo de Puntales (...) remonta al siglo XVI. En 1587 consistía en un torreón artillado con cinco cañones que fue casi destruido en el ataque de 1596. Fue reconstruido en 1598 por el ingeniero Cristóbal de Rojas y terminado en 1613. (...) Situado en una punta de tierra que estrecha el acceso al interior de la bahía, sus funciones defensivas se complementaban con los fuertes de San Luis, Matagorda y las defensas de la isla del Trocadero ubicados en el lado opuesto de la bahía. Todos ellos formaron en conjunto un sistema de defensa de la entrada a la bahía gaditana».

del conde Hernán Núñez, se encontraba dentro del puerto de Cádiz. Las labores de sitio eran entorpecidas de tal manera que las trincheras construidas por la noche eran arruinadas durante el día por los españoles. Además, los cañones aliados, emplazados sobre la arena de la playa, se hundían a los pocos disparos y debían ser remontados cada vez perdiendo eficacia y cadencia de tiro. Así la situación, los aliados empezaron a perder la paciencia y trataron de forzar la entrada a la bahía para destruir la escuadra del conde Hernán Núñez y proceder a bombardear de forma más eficaz las baterías españolas. Por dos veces intentaron esta maniobra, pero ambas fracasaron desesperando aún más a las fuerzas aliadas.³⁸

Frustradas las expectativas de introducirse en la Bahía y de hacerse con el fuerte de Matagorda, las tropas desembarcadas permanecían en una posición precaria sobre la costa gaditana y con la perspectiva nada halagüeña de sufrir un contraataque y ser aniquiladas antes de poder reembarcar. Villadarias alentaba esta inquietud utilizando diversas técnicas de decepción para confundir a los aliados que, poco a poco, se daban cuenta de que el levantamiento pro-austracista que se prometía Darmstadt no se iba a producir.³⁹ Viendo la situación empeorar por momentos, el duque de Ormond instó al barón Spaar a retirarse de Matagorda, orden que no obedeció el general holandés sin previa reunión del Consejo de Guerra y marina. Convocado al fin éste, Ormond consiguió un dictamen favorable al reembarque de las tropas a pesar de la insistencia de Darmstadt en continuar con la operación. Ormond argüía que el príncipe alemán había informado falsamente a la Gran Alianza sobre los partidarios que tenía en España y que el éxito de la toma de Cádiz dependía desde un principio, más que de las fuerzas aliadas, de la adhesión de los naturales a la empresa.⁴⁰ Además, en una junta parti-

³⁸ BACALLAR, 1957, p. 46. «La cadena del puerto (estaba) formada de encadenadas vigas y maderos, y echados a pique, inmediatos a ella, por de fuera dos grandes navíos viejos, llenos de piedras, que de tal manera embarazaban la garganta del puerto, que era imposible romperla, como lo experimentaron, aunque a velas llenas, con viento en popa, dos navíos que se dejaron ir impetuosamente contra la cadena, porque sobre resistirse la fuerte conjetura de ésta los cañonazos de las fortificaciones exteriores y de la ciudad, desarbolaban las naves».

³⁹ *Ibidem*. «No se atrevieron los enemigos a penetrar la tierra, porque el marqués de Villadarias, aunque tenía tan poca gente, levantando polvareda de día y haciendo varios y distantes fuegos por la noche, fingía acampamento de un ejército y acercaba partidas de caballería, mezclando la veterana con la del país, para contener en la orilla a los enemigos, nunca informados de lo que pasaba en tierra, porque sobre no haber logrado desertor alguno, se mantenían tan fieles los naturales que huían de los ingleses; y si alguna vez podían hablar con algún paisano, éste, con arte y amor al Rey, exageraba los preparativos de defensa, imposibilitando ser bien admitidos en parte alguna de la España».

⁴⁰ BACALLAR, 1957, p. 47. «Ormond justificó su conducta ante la reina inglesa cargando de embustero a Darmstadt e informó que no se habían hallado los parciales austríacos.(...)ni adhe-

cular de pilotos y capitanes de navíos, éstos aconsejaron levantar el ancla ya que la situación de la flota empezaba a ser preocupante y las esperanzas de éxito mínimas.⁴¹ Darmstadt por su parte pedía paciencia a los ingleses y una mayor eficacia en las acciones terrestres.⁴² De nada sirvieron estas propuestas y la disputa con Ormond llegó a ser aún más recia cuando el duque dio a saco el Puerto de Santa María.

En efecto, la orden de retirada fue la señal que desató la frustración contenida de las tropas de desembarco por no haber podido continuar su progresión hacia Cádiz a pesar de su abrumadora superioridad y las orientó hacia el saqueo de las plazas que habían caído en sus manos después de los primeros combates. El 16 de septiembre se inició el pillaje del Puerto de Santa María, Rota y fuerte de Santa Catalina. Los soldados, abandonados sin control, asaltaron los depósitos de mercancías del Puerto y se hicieron principalmente con los vinos destinados a la exportación. Después de quemar los almacenes reales y ya la mayoría bajo los efectos del alcohol, los soldados prosiguieron con sus violencias robando en las casas particulares, asesinando a los paisanos, profanando iglesias y conventos, e incluso violando monjas. De esta forma *«quedó radicada en las Castillas la aprehensión que era premeditado y positivo orden de los aliados los saqueos y sacrilegios, como preliminares de pervertir la religión»*.⁴³

rido español alguno más que el gobernador de Rota por necesidad y fragilidad de ánimo, después de ser prisionero: que se habían declarado toda la Andalucía y las Castillas por su Soberano, y que en término de pocos días se había juntado muchedumbre de gente armada, que aunque imperita, la práctica del país la hacía formidable, y que en defensa de su propia tierra cada uno sabía ser soldado; por eso no había querido aventurar las tropas, internándolas en el país, ni era fácil tomar a Cádiz con ocho mil hombres, resuelto su gobernador a defenderla hasta el extremo; que sin eso no podían entrar las naves en el puerto, y que, en fin, la expedición se fundaba en las que suponía inteligencias de Darmstadt, tan al contrario experimentadas, (...)y que así no le había parecido proseguir una guerra donde los alemanes hacían inútilmente gastar a sus aliados...».

⁴¹ *Ibidem*. «(Los marinos) respondieron que aquella era la costa más brava y tempestuosa de España, (...)Que no se podían fiar sólo en las áncoras de las naves, y más si corriese furioso el poniente; y así, que era cierto riesgo, si grande dilación. Que entrar en el puerto forzando la cadena era imposible sin rendir antes Matagorda y el Puntal, y que aun después de eso padecería mucho la armada por los baluartes de la ciudad».

⁴² *Ibidem*. «Darmstadt decía que las obras grandes no se hacían en pocas horas; que se había de desembarcar toda la gente, y marchando por tierra al puente de Suazo, tomado éste, apoderarse de la isla de León y en ella levantar trinchera contra la ciudad; que podía sitiarse perfectamente y rendirla aún por el hambre, porque no estaba abastecida. Que se debían desde tierra batir las galeras y echarlas a pique, y poner mejores baterías contra Matagorda, para ser dueños del puerto y, en fin, ir tomando a Sevilla y las ciudades de Andalucía, con la seguridad que otra tanta gente como había en los navíos no tenía de soldados toda la España. Que para declararse los parciales, era menester ostentar más fuerzas de las que hasta ahora se habían manifestado, porque nadie quería buscar cierto su peligro».

⁴³ CASTELLVÍ, 1997, vol. I, p. 368. «Empezaron ingleses el saqueo, como lo probaron los holandeses. Saqueóse la ciudad, profanáronse los templos, tomóronse los adornos y vasos sagrados y

En ese mismo día, tras saciar sus instintos de rapiña y devastación, las tropas aliadas iniciaron el reembarque. Al decir de Bacallar⁴⁴, la retirada se realizó con gran precipitación y las milicias del país entorpecieron la maniobra de embarque causando importantes bajas al enemigo. Sin embargo Castellví menciona que las tropas embarcaron «*disminuidas y maltratadas más de la mala ordenanza que de los combates*»⁴⁵. En tierra se quedó el gobernador de Rota, el único jefe español que había cambiado de bando. Capturado más tarde, fue mandado ahorcar por Villadarias. La escuadra anglo-holandesa abandonaba días después las costas gaditanas, en palabras del general inglés Stanhope, «*tras mucha depredación e infamia*».⁴⁶ Una vez en ruta, el príncipe de Darmstadt expresó de nuevo su disconformidad con la actuación de Ormond y escribió a Inglaterra y Holanda explicando la conducta del Duque. En Viena se consideró que los ingleses no estaban dispuestos a comprometerse verdaderamente en la guerra si no veían ganancias a corto plazo. Los generales holandeses, por otro lado, también protestaron contra el proceder del jefe de las fuerzas inglesas tachándole casi de connivencia con los franceses. Pero las razones de Ormond prevalecieron por el momento en Inglaterra y la Gran Flota, rumbo hacia Lisboa, todavía tuvo la oportunidad de enmendar el curso de la expedición y demostrar que, a fin de cuentas, no había sido del todo un fracaso. A finales de octubre tuvo la fortuna de encontrar la flota de Indias refugiada en la bahía de Vigo y, tras la batalla de Rande, consiguió hacerse con tan gran botín que el fracaso del ataque a Cádiz pasó en Inglaterra y Holanda a un segundo plano. Pero para los españoles sería mucho más difícil olvidar el episodio de saqueos y violencias que se sucedieron en la bahía andaluza.

sufrieron las imágenes. No se vio igual furor. No transpiraron en los ejecutores señales de la natural ley. Quemóse lo que no pudieron conducir. Declararon con estas impiedades que no venían como amigos ni libertadores de la opresión como publicaban. Manifestaron ser los mayores enemigos de la nación, de la religión y del príncipe en cuyo nombre publicaban ocuparían las plazas y el país. Provocó el horror de la voz de ser violados los templos que los sencillos pueblos de la vecindad se oponían con arrojo a combatirles». MACAULAY, 1843, vol. 2, Part II: «*No discipline was kept; the soldiers were suffered to rob and insult those whom it was most desirable to conciliate. Churches were robbed, images were pulled down; nuns were violated. The officers shared the spoil instead of punishing the spoilers*». (No se guardó ninguna disciplina; se les permitió a los soldados robar e insultar a aquellos con los que era más deseable conciliarse. Las iglesias fueron asaltadas, las imágenes derribadas, las monjas violadas. Los oficiales compartían el botín en vez de castigar a los saqueadores.) (T. A.).

⁴⁴ BACALLAR, 1957, p. 46. «*Quiso la retaguardia oponerse, y fue vencida; con esto, tumultuariamente volviendo las espaldas y echando las armas sólo buscaban lanchas en que acogerse a los navíos. Llegó a la orilla una multitud de ellas, no bastantes a recibir los que con pánico temor se arrojaban al mar desesperados; muchas se fueron a pique, cargadas de más gente que podían llevar, sin orden ni obediencia; era la confusión el mayor peligro. Seiscientos ingleses quedaron muertos, sin los que se anegaron*».

⁴⁵ CASTELLVÍ, 1997, vol. I, p. 368.

⁴⁶ «*With a great deal of plunder and infamy*». Mencionado en MACAULAY, 1843, vol. 2, Part II. (T. A.)

Epílogo

Como hemos visto, la Guerra de Sucesión se inició formalmente en el año 1702. Anteriormente, desde la muerte de Carlos II, el emperador había intentado unilateralmente apoderarse del norte de Italia; pero no podemos hablar de guerra general a escala europea hasta la declaración de la misma por la Gran Alianza. Desde el primer momento, Inglaterra y Holanda, centraron su interés en el comercio de Indias ya que eran conscientes del inmenso potencial de los territorios americanos y de su capacidad para inclinar la balanza hacia cualquiera de los bandos. Por ello, la primera acción de la marina aliada consistió en tratar de interceptar la flota de Indias que ya no era sólo española, pues Luis XIV había obtenido la autorización de Madrid de enviar una escuadra francesa para escoltar el preciado convoy. Así, sin conocer el exacto paradero de la flota, la expedición del almirante Rooke se dirigió hacia Cádiz que era el lugar habitual de desembarco de aquella tras su periplo desde América. Durante algo más de un mes la armada aliada trató de hacerse con la plaza, punto de incalculable valor estratégico, y sólo posteriormente dio con la flota en Vigo y se apoderó de buena parte de sus tesoros. Las fuerzas aliadas habían conseguido el éxito de la expedición gracias a la acción de Rande, pero habían perdido torpemente Castilla en el episodio de Cádiz.

Porque los castellanos no iban a olvidar tan fácilmente el saqueo del Puerto de Santa María y Rota. Y allí estaba la reina María Luisa para sacar partido de la torpeza de los que se decían defender los derechos del legítimo rey de la monarquía hispánica. Los hechos de Cádiz se hicieron públicos en todos los pueblos a través de la geografía de España y María Luisa dio la orden de que todas las ciudades, cabildos y cabezas de partido enviasen comisiones al Puerto de Santa María para observar de primera mano las profanaciones de templos a fin de informar después a sus paisanos. Los clérigos, mientras tanto, predicaban en los púlpitos la cruzada contra los herejes que habían escandalizado con sus vejaciones a toda la Iglesia Católica. Lo que resulta aún más irónico es que buena parte de los bienes asaltados pertenecían a comerciantes ingleses y holandeses que participaban del tráfico gaditano. Además, el uso propagandístico y mediático de las miserias sufridas por los habitantes de la bahía de Cádiz acabaron por provocar el efecto contrario al que deseaban los aliados. La inclinación de los castellanos hacia la Casa de Austria parecía desvanecerse a jirones a medida que se conocían los detalles de las barbaridades cometidas por la soldadesca. De nada sirvieron las dis-

culpas de Inglaterra y Holanda.⁴⁷ Hasta cincuenta regimientos se llegaron a reclutar en Castilla para apoyar la causa Borbónica. Felipe V encontró así un pueblo dispuesto a seguirle hasta el final y al que, como reconocería más tarde la reina, le debían el trono. En un conflicto internacional que estaba a un paso de convertirse también en guerra civil, el apoyo de Castilla a los Borbones fue sin duda la contrariedad más grande que tendría que afrontar el archiduque Carlos a su llegada a España.⁴⁸ Es más, cuando el almirante de Castilla escapó a Portugal, intentó que los aliados repitieran la expedición a Andalucía bajo sus órdenes porque entendía que sin el apoyo de Castilla no había posibilidad de elevar al archiduque al trono hispano. Pero los acontecimientos no seguirían este rumbo. La entrada de Portugal en la guerra al lado de la Gran Alianza (6 de mayo de 1703) abrió el frente en la Península, pero las tropas aliadas no hicieron grandes progresos en la frontera castellana e incluso fueron rechazados más allá de la raya. El Archiduque se encontraba por entonces en Lisboa y necesitaba la adhesión de alguna región española para demostrar a Inglaterra y Holanda que los españoles estaban resueltos a luchar por él. A despecho del almirante castellano, Darmstadt convenció a los aliados a probar suerte en otros territorios quizás más sensibilizados con la causa austracista, ante todo, Cataluña. Tras una frustrada intentona sobre Barcelona en 1704, volverá el Príncipe alemán a probar mejor suerte en 1705, esta vez con el archiduque Carlos en persona. La muerte del empecinado príncipe de Darmstadt ante los muros de Montjuich será el alto precio pagado por los austriacos para hacerse con la capital del Principado. Desde aquí, el archiduque Carlos será investido como rey de la monarquía española con el nombre de Carlos III, abriendo definitivamente el segundo frente peninsular y la ominosa guerra civil que se desató hasta 1714.

Por su parte, el almirante sir George Rooke participó de nuevo en la expedición peninsular de 1704 que fracasó en Barcelona y, de retorno a sus

⁴⁷ CASTELLVÍ: 1997, vol. I, p. 368. «*Los Estados Generales y la reina de Inglaterra declararon querer restituir al Puerto de Santa María el saqueo que se había hecho para desimpresionar a los españoles del concepto que podían haber formado y para manifestar había sido sin orden. Esto no se ejecutó y era difícil quitar el concepto a la nación castellana, mayormente sin ejemplar castigo en el comandante que lo permitió...*» (el duque de Ormond).

⁴⁸ CASTELLVÍ: 1997, vol. I, pp. 368-369. (El ataque a Cádiz) «*...fue el origen de la constancia de las Castillas en aborrecer los aliados y en oponerse con todo su poder en que no las ocupasen.(...)Corrían los naturales a alistarse porque creían iba a padecer naufragio el culto y la religión y afirmaban ser guerra de religión. Con este hecho tuvo principio la lastimosa guerra en España, que tantos años devastó sus provincias y maltrató sus pueblos*».

bases, sacó tiempo para apoderarse de la Roca de Gibraltar en nombre del archiduque Carlos. La ocupación de este enclave estratégico, si bien un hecho inicialmente episódico, acabó por convertirse en uno de los mayores beneficios que extrajo Inglaterra de este conflicto: la bandera británica ondearía desde entonces en el Peñón, transformado con el tiempo en la principal base que posee aún este país en el Mediterráneo.

En cuanto al duque de Ormond, bien parecían ir encaminadas las denuncias de Darmstadt y de los generales holandeses. En 1715 se le acusó de inteligencia con el enemigo, principalmente por sus contactos con varios líderes jacobitas, y fue juzgado por alta traición. Huido a Francia, participó en la armada franco-española que intentó apoyar el levantamiento jacobita en Escocia y, tras el fracaso de la expedición, se asentó en España. El principal responsable de los estragos causados en la bahía de Cádiz en 1702, el jefe de las bandas de heréticos incontrolados, fue entonces bien visto en la corte del Rey católico e incluso llegó a disfrutar de una subvención de la Corona. Paradojas de la historia.

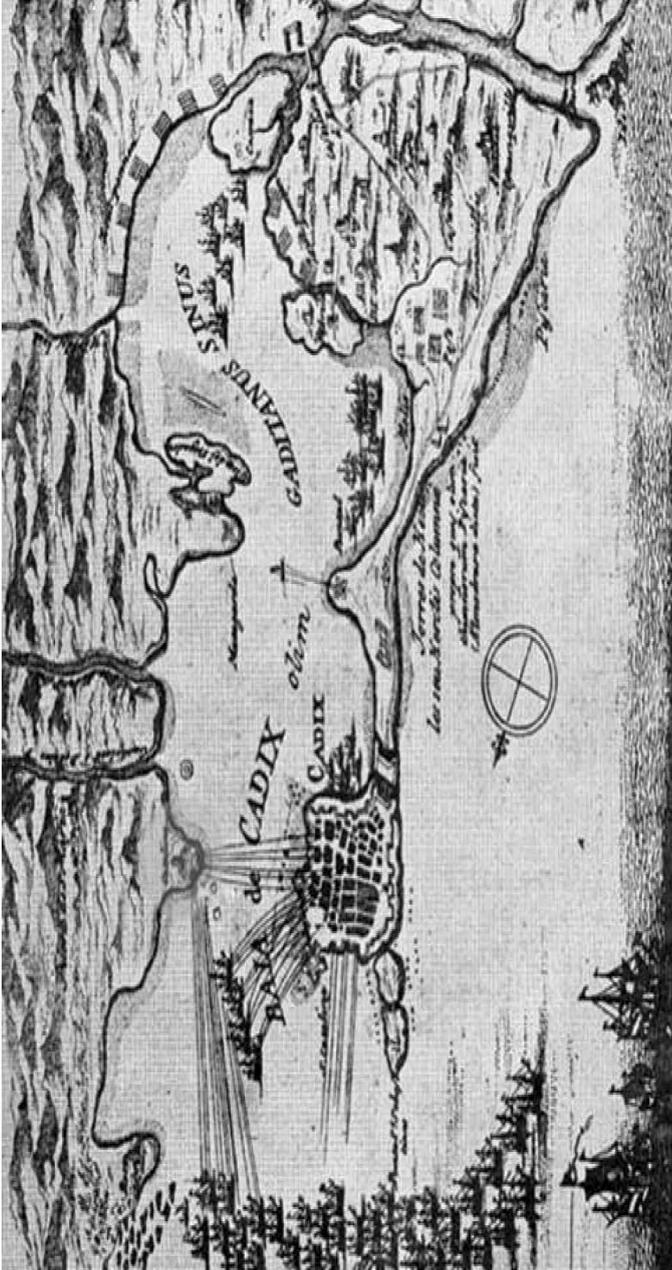
El fracaso de la expedición a Cádiz de 1702 fue debido a las discordias entre los jefes aliados que participaron en la misma y a las esperanzas mal fundadas que se habían puesto en el levantamiento de los paisanos contra Felipe V. Lo primero parece una consecuencia inevitable de la heterogeneidad de las fuerzas y de los intereses contrapuestos de cada uno de los jefes. Con una flota tan impresionante y con catorce mil hombres de desembarco, el ataque a Cádiz se prometía glorioso y sin grandes contratiempos. Además, se sabía que Andalucía estaba indefensa. Con esto y con un poquito de ayuda de los paisanos la victoria era cierta. Pero se encontraron con unas tropas españolas dispuestas a resistir hasta el final. *Mori pro patria* era el lema del marqués de Villadarias, que supo encauzar enérgicamente la defensa a pesar de lanzar a su mejor general a una muerte segura. El sacrificio de Ballaró no resultó en vano ya que dio muestras al enemigo de que los españoles, salvo el gobernador de Rota, estaban dispuestos a derrochar valor y arrojo por su monarca. El fuego combinado de las baterías del Puntal, Matagorda y de la escuadra de Hernán Núñez acabaron por desesperar a un enemigo que, viéndose muy superior, se veía con las manos vacías. El saqueo de los aliados pudo ser un episodio más de una guerra cruenta, pero en un momento inicial, cuando todavía había partidarios del archiduque en Castilla, el torpe proceder de Ormond alejó a los castellanos del pretendiente austriaco. Y este fue un factor de gran trascendencia. Porque los españoles, aunque quizás más inclinados a la causa de Austria a la muerte de Carlos II, eran ante todo partidarios de la paz. El testamento había designado al duque de Anjou como sucesor y éste, una vez proclamado Rey, se había esforzado

en agradar a sus súbditos y en cumplir con el papel que le correspondía en el entramado político español. Sólo se le podría censurar el creciente intruismo de los agentes franceses en los negocios de la monarquía, pero esto únicamente hería el orgullo de la nobleza y no el de la mayoría de los españoles. Incluso en Cataluña, el pueblo era amante de la paz y ni siquiera el desembarco del pretendiente austriaco en Barcelona provocó un levantamiento en toda regla. Los ingleses, al igual que en Cádiz, se sintieron de nuevo engañados por Darmstadt, que les había prometido el apoyo decidido de los paisanos. Pero las circunstancias en Cataluña acabaron por elevar al trono español al archiduque Carlos. El fraccionamiento de la monarquía estaba servido. Los reinos de la Corona de Aragón apoyaron al pretendiente austriaco e intentaron catapultarle a Madrid. Pero el apoyo mayoritario, casi fanático, de los castellanos a Felipe V hizo fracasar el proyecto austracista a pesar de que Carlos ocupara por dos veces Madrid. Para los castellanos sólo existía un rey legítimo, Felipe V, y la defensa numantina que protagonizaron para sostenerlo en el trono llegó incluso a sorprender a Luis XIV, que estuvo a punto de arrojar la toalla varias veces en el transcurso de la guerra.

Quizás aquel episodio anecdótico en el verano de 1702, en Cádiz, fuera al fin y al cabo algo más que una simple anécdota. En palabras del historiador británico Macaulay⁴⁹:

«La guerra en España se compone de acontecimientos que parecen ser independientes los unos de los otros. Los bandazos de la fortuna se asemejan a los que tienen lugar en un sueño. La victoria y la derrota no producen sus consecuencias habituales. Los ejércitos surgen de la nada y se deshacen en nada. Sin embargo, para los juiciosos lectores de la historia, el conflicto español es quizás más interesante que las campañas de Marlborough y Eugenio. El destino de Milán y de los Países Bajos fue decidido por el genio militar. El destino de España fue decidido por las peculiaridades del carácter nacional».

⁴⁹ MACAULAY, 1843, vol. 2, Part II: «*The war in Spain (...) is made up of events which seem to have no dependence on each other. The turns of fortune resemble those which take place in a dream. Victory and defeat are not followed by their usual consequences. Armies spring out of nothing, and melt into nothing. Yet, to judicious readers of history, the Spanish conflict is perhaps more interesting than the campaigns of Marlborough and Eugene. The fate of the Milanese and of the Low Countries was decided by military skill. The fate of Spain was decided by the peculiarities of the national character*». (T. A.)



Plano de la bahía y plaza de Cádiz, por Petrus Schenk en 1707. Presenta el ataque de la flota anglo-holandesa del Duque de Ormont en 1702 (B.N.P. C. et P.) Ge. D.D. 1462. pl 3.

BIBLIOGRAFÍA

- ALABRÚS, Rosa María y GARCÍA CÁRCEL, Ricardo: *España en 1700. ¿Austrias o Borbones?*, Arlanza Ediciones, Madrid, 2001.
- BACALLAR, Vicente (marqués de San Felipe): *Comentarios de la Guerra de España*, Edición Carlos Seco, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1957.
- BARROS, J. Ramón y HERNÁNDEZ, J. Carlos: «Las defensas de la Costa Andaluza», en *Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico*. Sección-Información: Patrimonio Histórico Andaluz, Boletín 40-41, 2002, Versión Electrónica.
- CASTELLVÍ, Francisco de: *Narraciones históricas*, vol. I, II y III. Fundación Francisco Elías de Tejada y Erasmo Pèrcopo, Madrid, 1997 (I), 1998 (II), 1999 (III).
- HILDESHEIMER, Françoise: *Du Siècle d'or au Grand Siècle. L'État en France et en Espagne, XVIe – XVIIe siècle*, Flammarion, Paris, 2000.
- LAFUENTE, Modesto: *Historia General de España*. Muntaner y Simon, Editores, vol. III, Barcelona, 1883.
- MACAULAY, Thomas B.: *Critical and Historical Essays*, Versión Electrónica, primera edición, 1843.
- MARAVALL, José Antonio: *Estudios de Historia del pensamiento español. Serie Segunda: La época del Renacimiento*, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1984.
- MARTÍNEZ SHAW, Carlos y ALFONSO MOLA, Marina: *Felipe V*, Arlanza Ediciones, Madrid, 2001.
- PONCE, Francisco: *Rota, 1702. Un episodio olvidado de la Guerra de Sucesión*. Instituto de Estudios Gaditanos, Diputación Provincial de Cádiz, Cádiz, 1979.
- TOURON, Manuel: «La Guerra de Sucesión en Galicia (1702-1712). La Batalla de Rande», en *Revista de Historia Militar*, núm. 30, 1986.
- URING, Nathaniel: *The voyages and Travels of Captain Nathaniel Uring*, Ed. The Seafarers Library, London, 1928. Reimpresión del original de 1726.
- VIDAL, Josep Juan: *Política interior y exterior de los Borbones: Los reinados de Felipe V y Fernando VI*, Ed. Istmo, S.A., Madrid, 2001.
- VOLTES, Pedro: *La Guerra de Sucesión*, Editorial Planeta S.A., Barcelona, 1990.
- OTROS: *An Impartial Account of all the material transactions of the Grand Fleet and Land Forces...by an Officer that was present in those actions*. Documento de 1703, Versión Electrónica.